

Jeromin

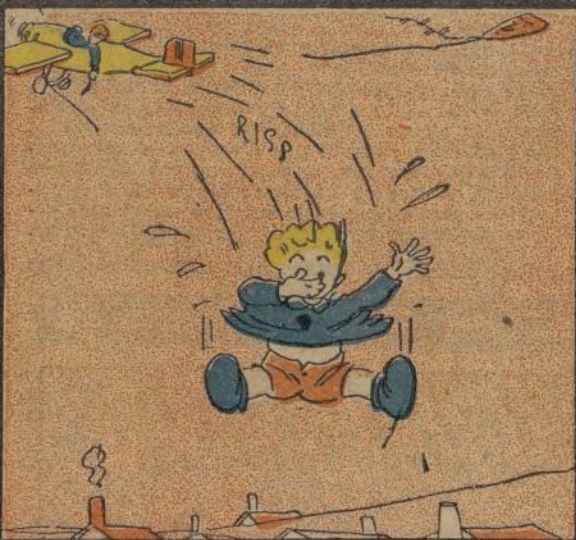
10 Cts

AÑO VI.—NUM. 277

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 30 de agosto de 1934

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



DON SIMPLÓN Y DINAMITA



La señora propietaria del perro parecido a "Feote", al ver a nuestro héroe en la pantalla, lo confundió con su chuchó y fue presa de un terrible patatús.



Cuando la señora recobró el poco conocimiento que le quedaba comenzó a lanzar gritos y gemidos que conmovían de intensa emoción a los tabiques.



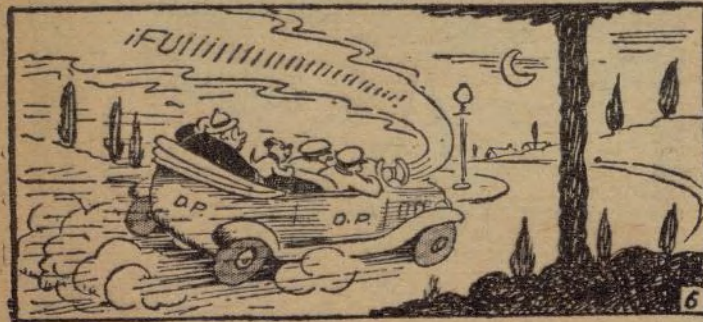
Y cuando el señor llamaba a todos los puestos de policía, ofreciendo diez mil dólares por la captura de su perro, entró la criada, abriendo una boca como un buzón.



Y era que la "radio" anunciaba a los cuatro vientos. "¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! Todos los policías deben capturar a un 'auto' fantasma que lleva a un can pelcalvo."



El señor y la señora al oír que al chuchó de sus entretelas lo llevaban secuestrado en un auto, salieron a tomar el suyo y emprender la persecución de los bandidos.



Mientras tanto, don Simplón, Dinamita y los dos heroicos policías, corrían por zanjas y baches tras de los malvados "Toma" y "Dale" ¡Qué emoción, señores; qué emoción!

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO V

Un socorro inesperado

Al verse descubierto, el pobre Emilio comenzó a suplicar que le dejaran libre y en paz, haciendo protestas de que ningún daño hacía a nadie y explicando que había sido sorprendido por la noche y la tormenta camino de su alquería. Pero estas mismas súplicas y protestas, hechas en tono excesivamente vivo, más que por temor a ningún mal que le pudiera acaecer a él, por miedo de que descubriesen también a Pablo o de tener que dejarlo abandonado en su escondite del bosque, despertaron los recelos del jefe de la tropa, que después de mandarlo registrar y de amenazarle con

graves castigos si no declaraba la verdad de su situación, ordenó que fuese llevado prisionero delante de la compañía.

En esto comenzó a escampar, y el comandante dió orden de formar la compañía y continuar la marcha. Antes de partir, Emilio pudo echar disimuladamente una ojeada al sitio donde Pablo quedaba escondido, y comprobó con gran satisfacción que su amigo continuaba en su refugio a seguro de las vejaciones de la soldadesca.

Por su parte, Pablo estaba sufriendo cruelmente al ver que su bueno e inocente amigo, que sin necesidad ninguna y por favorecerle a él se había metido en aquellas aventuras, arrojaba tan serios peligros como el de que le pudiesen tomar



por espía o sospechoso. Más de una vez estuvo tentado de salir de su escondrijo y ofrecerse como única víctima a aquellos desalmados, pidiendo la libertad de su amigo del alma; pero se contuvo al pensar que con ello no conseguiría sino hacer dos víctimas en vez de una, y empeorar la misma situación de aquel a quien pretendía salvar. Con todo, no pudo reprimir un grito de terror cuando vió partir a la tropa con su prisionero.

Caminaba Emilio delante de la compañía pensando en la suerte que le estaba reservada a Pablo, solo y abandonado en el bosque, y dedicando tristes y afectuosos pensamientos a sus padres y hermanos, que tampoco pensarían a aquella hora

en el apurado trance en que él se hallaba, cuando al salir del bosque vino a emparejar la compañía con una partida de paisanos armados que salían a su encuentro. Emilio creyó distinguir entre las voces de saludos una muy conocida, mientras el que parecía jefe de la partida, fijándose en el muchacho y dirigiéndose al oficial que mandaba la compañía, le preguntaba:

—¿Dónde diablos habéis pescado a este recluta? Ahí cerca, escondido en el bosque. Sin duda es pájaro de cuenta, porque se asustó mucho al vernos y quiso a todo trance escapar.

—Pues lo será de poco tiempo a esta parte; porque yo conozco de toda la vida a su familia, y

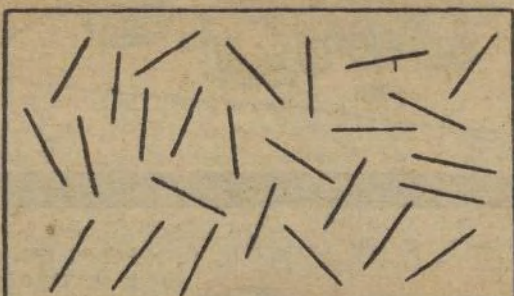


maldito lo que sabe hacer sino labrar la tierra y aparejar las yuntas. Su padre se halla precisamente camino de la frontera con los convoyes de la república, y no es justo que al muchacho se le pague de esta manera.

El oficial no se daba por satisfecho, e insistía en llevarse preso al muchacho. El ciudadano Dupréz—porque este era el jefe de la partida—arguía en tonos vivos. La discusión se fué agriando, hasta que el comandante, creyendo que se le faltaba al respeto, mandó a los soldados que detuviesen y atasen a Dupréz. Este ordenó a los suyos que

aprasen al comandante, y se armó una ensalada de tiros, sablazos y cuchilladas que ponía espanto. En aquella confusión, Emilio aprovechó un momento de descuido y se zafó de manos de sus guardianes. Corrió desalentado hacia el bosque y no le fué costoso hallar el escondite donde dejara a su amigo del alma. Allí estaba, aterido de frío y medio paralizado por el espanto. Ambos muchachos se abrazaron, se alentaron con afectuosas palabras, y después de tomar acertadas determinaciones para evitar en lo sucesivo semejantes peligros, decidieron continuar su camino hacia París.

PASATIEMPOS



Hacer con estos veintiséis palitos, ciento, sin partírlas.

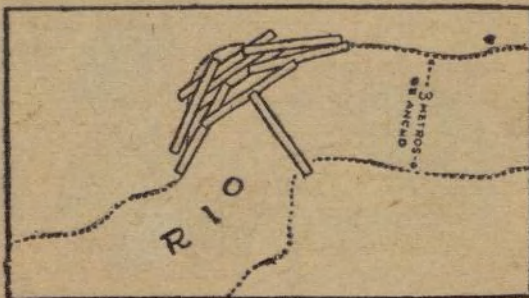


¿Qué camino seguirá el perrito para atrapar al gato?

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Ved los 24 puntos en dos grupos de distinta forma, cada uno de los cuales forma seis filas de cuatro puntos cada una.



Así se puede hacer un puente con ocho tableros de 2,70 metros cada uno, para atravesar un río de tres metros de anchura.

JUEGO DE MANOS



—Verás; mientras llegamos a la estación te voy a hacer un juego de manos para distraer-



nos. —Muy bien, si señor. —¿Ves este sombrero? —Sí. —¿Lo ves? —Sí. —Pues ya no lo ves. —No. —Bueno; pues ahora silbo: ¡Ssss!



¡Y miralo; el sombrero! ¿Te ha gustado? —Mucho. —Y el niño, entonces, cogiendo el sombrero, lo tiró a la vía. —¿Pero qué ha-



ces, canalla? ¿Por qué has tirado mi sombrero? —No le importe; ahora hace usted ¡Ssss! y en seguida vuelve a subir...

VERDADES Y MENTIRAS

Un asistente comprometedor
Un anciano y famoso almirante había sido invitado a cenar por la señora de un rico naviero, pero mientras estaba vistiéndose para acudir a la invitación se sintió indisputado y se vio obligado a quedarse en casa. Escribió dos letras a la dama excu-



sándose. Llama a un asistente y le dice:

—Lleva esta carta a su destino, y de regreso tráeme la cena.

Hay que advertir que el almirante se hacía servir la cena diariamente de un establecimiento próximo.

El criado va a casa del naviero, entrega la carta y espera.

—Está bien —le dice la señora—; diga usted al almirante que lo siento; otra vez será. Puede usted retirarse.

—Dispénsame, señora —replica el asistente—; el almirante me mandó que le llevase la cena.

Grandes carcajadas de la señora y de los invitados acogieron aquella salida. Pero la señora da sus órdenes, y, al momento, se le entregan al asistente apetitosos platos humean-

tes y una botella de añejo vino.

El almirante, sorprendido ante aquella cena tan opípara, se inquietó, hace averiguaciones y todo se descubre. Desesperado, envía a su asistente a comprar un magnífico ramo de flores y le ordena que lo lleve a la señora, con unas líneas de disculpa. A la media hora, el fiel asistente regresa y entrega a su señor dos billetes de cincuenta francos. Anonadado el almirante, le interroga de nuevo.

—La señora ha querido pagar las flores —responde el asistente satisfecho.

En efecto; la señora le había dado cinco francos de propina, y él le había dicho:

—No son cinco francos, señora; son cien.

Al almirante le dió un ataque.

Corceles leales

Durante la guerra europea, un escuadrón de caballería inglesa, que había sido desbaratado en una batalla, consiguió luego capturar un buen número de caballos del enemigo. Habiendo escogido media docena de los de mejor estampa, los oficiales ingleses cabalgaron en ellos, contentos de aquella suerte inesperada. Pero su satisfacción no fué duradera, porque en aquel preciso instante resonaron unos toques conocidos, los caballos dieron un brinco, enderezaron las orejas y se lanzaron a galope tendido.

Al darse cuenta de lo que pasaba, los oficiales, descompuestos, hicieron esfuerzos deses-

perados para contener a los animales. Pero todo en vano. Sin aminorar la marcha por un solo instante, los caballos condujeron a sus jinetes al campamento contrario y los entregaron en manos de sus enemigos, que los hicieron prisioneros y



recuperaron sus leales corceles.

Un estornudo importuno

Los periódicos americanos contaron, hace algún tiempo, esta curiosa anécdota: Millones de ciudadanos de la república astrellada estaban escuchando por radiotelefonía un mensaje presidencial, cuando de pronto, al ilustre Presidente de los Estados Unidos, que sin duda se hallaba resfriado, se le escapó, en lo más interesante de su arenga, un estornudo.

El inesperado ruido fué notado por los innumerables radioyentes, los cuales, todos a coro, a una voz, desde las más diversas regiones, se apresuraron instintivamente a replicar: "¡To your heart!", que es el cariñoso augurio de felicidad equivalente al "¡salud!" que nosotros usamos en casos análogos.

CORTE DE PELO



Don Clodomiro había apostado con un amigo a que se cortaba el pelo sin quitarse el som-



brero. El peluquero también decidió participar en la apuesta en contra de don Clodomiro, y éste sentóse tranquilo mientras



el figaro comenzaba a cortarle el pelo con el sombrero puesto, pensando que sólo podría cortarle el de las patillas; pero cuando



don Clodomiro se quitó el sombrero, enseñando su hermosa calva, los otros comprendieron que sólo les quedaba el pagar.

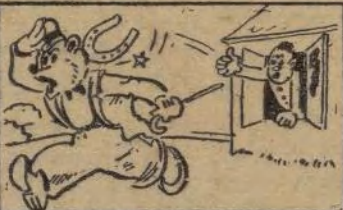
Don Oso despreció la herradura de la buena suerte



Don Oso se encontró una herradura. Dicen que la herradura da la buena suerte —exclamó muy contento—. Pero, ¡bah! —murmuró—, yo soy un oso inteligente que no cree en esas tonterías; son memos e igno-



rante aquellos que se piensan que una herradura puede traerles algo. ¡Al diablo la herradura que nada ha de traerme! Y la tiró olímpicamente por encima de su cabeza, con un resultado tan catastrófico



como podéis apreciar en la reconstitución del drama que hacemos por los grabados, y demostrándole que la herradura sí que podía traerle algo. Por lo menos, ya le traía un oichón.

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER



CAPITULO V (Continuación)

El emperador creyó firmemente que había perecido, y que la armada enemiga venía a efectuar su desembarco. Pero sus temores se disiparon prontamente luego que pudo hacer pie, y me descubrieron a la cabeza de aquel promontorio de naves, exclamando en alta voz: «Viva el muy poderoso emperador de Lilliput». Apenas llegué, S. M. me colmó de indecibles alabanzas, y me creó Nardac, que entre ellos es el título más honorífico.

Al mismo tiempo que me rogó que tomase mis medidas para conducir a

cerse señor de todo el Imperio de Blefuscu, para reducirle a provincia del suyo y poner en él un Virrey; castigar de muerte a todos los Gruesi-extremistas expatriados y obligar a todos sus pueblos a que rompiesen los huevos por el extremo más agudo, con lo cual se prometía ser el Monarca de todo el Universo. Pero me dediqué a disuadirle de este designio por medio de muchas razones fundadas en política y justicia; y le protesté con resolución, que yo no sería jamás el instrumento de que se sirviese para oprimir la libertad de un pueblo franco, noble y esforzado.

Cuando el Consejo determinó este negocio, la paz más sana fué de mi opinión.

Pero esta declaración manifiesta y bizarra era tan opuesta a las intenciones y política de S. M., que ni el mismo podía perdonármela. Habló a su Consejo de un modo bastante artificioso, de donde



tomaron ocasión mis enemigos ocultos para perderme.

¡Oh! ¡Cómo se verifica que los servi-

cios más importantes se oscurecen cuando no van acompañados de una ciega condescendencia a las pasiones!

Cerca de tres semanas después de mi brillante expediente llegó una solemne embajada de Blefuscu con proposiciones de paz. Muy presto se cerró el tratado bajo condiciones ventajosísimas al Imperio. Componían la embajada seis peronajes, con una comitiva de quinientas personas. Bien se puede decir que su entrada fué correspondiente a la Majestad de su señor y a la importancia de la negociación.

Concluido el tratado, y hallándose informados Sus Excelencias, secretamente, de los buenos oficios hechos por mí a su nación en aquella arrogancia con que había hablado el Emperador, me hicieron una visita de ceremonia. Entraron elogiando mi gran valor y generosidad, y me convidaron, en nombre de su Señor, a pasar a su Reino si me agradaba. Yo les di las gracias, y supliqué me hiciesen el honor de ofrecermé a los pies del soberano Blefuscu, cuyas esclarecidas virtudes corrían por todo el orbe, ofreciéndoles también que iría a presentarme a su Real Persona antes de regresar a mi país.

Pocos días después pedí permiso al Emperador para pasar a cumplimentar al gran Rey de Blefuscu; respondíome con frialdad, que le acomodaba.

Se me olvidaba advertir que los embajadores me hablaron por medio de un intérprete, porque los idiomas de los dos Imperios son muy diferentes; cada uno pondera la antigüedad, hermosura y fuerza del suyo, con un total desprecio de la otra nación, y como el Emperador estaba ensoberbecido con la

victoria ganada a los Blefuscuistas en la presa de su flota, obligó a los Embajadores a que presentasen sus credenciales e hiciesen su arenga en lengua Lilliputiense; sin embargo, con motivo del tráfico y comercio que hay entre los dos Imperios, la admisión recíproca de los desterrados, y el estilo adoptado por la nobleza Lilliputiense de enviar sus hijos a Blefuscu para civilizarlos y enseñarles los ejercicios de su inspección, es preciso confesar que es muy rara la persona de distinción, y aun el negociante y marinero de sus puertos



marítimos, que no posee ambos idiomas.

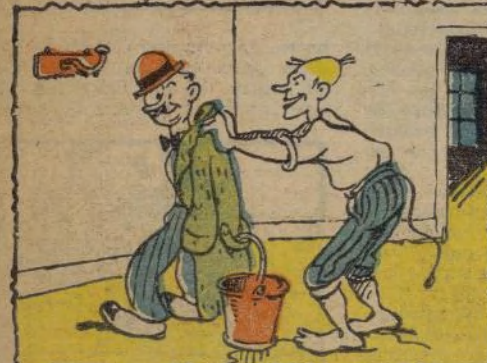
Un fatal accidente me dió ocasión de hacer a mi Emperador otro servicio señalado. Despertáronme a media noche los destemplados gritos de un tropel de gente arremolinada a la puerta de mi alojamiento, que repetían Burgum, Burgum, y rompiendo por medio de todos con bastante precipitación algunos de la Corte del Emperador, llegaron a mí suplicándome que acudiese sin detención a Palacio, porque el cuarto de la Emperatriz estaba ardiendo.

(Continuará.)

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla había encontrado un nuevo acomodo: el de criado del muy noble señor Agamenundo Pérez. Don



Agamenundo, que iba a un banquete de gala y había estrenado un precioso gabán de entretiempo, le rogó a Cas-



carilla que le ayudase a ponerse la prenda. Quiso Cascarilla demostrar a su amo que era águila ayudando a po-

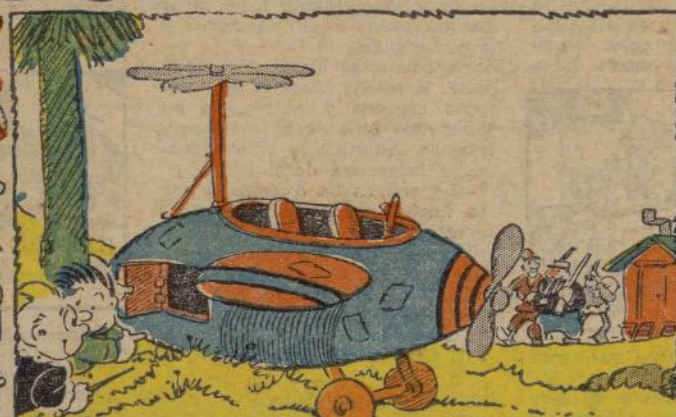


nerse abrigos..., y ya lo veis. Los dibujos demuestran claramente su habilidad en poner gabanes.

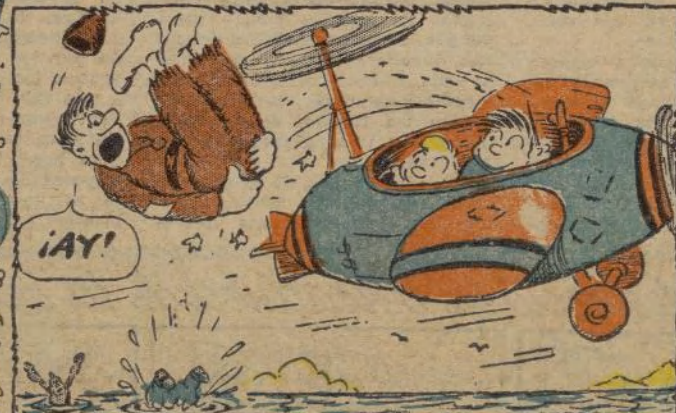


Así que se le acabaron las galletas, Laura recordó que su misión en aquella casa era armar escándalo, y prosiguió su serenata.

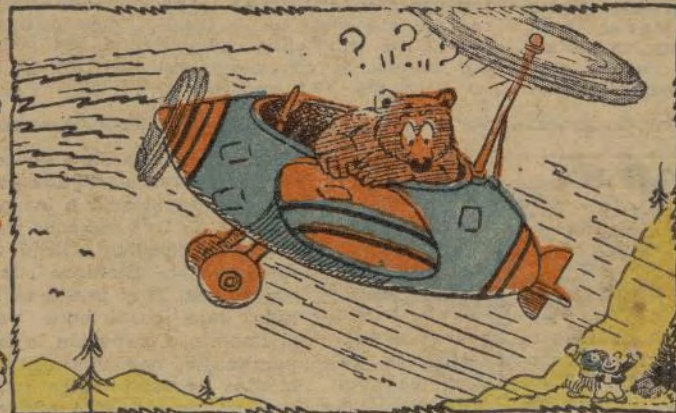
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Los pilluelos, a quienes el éxito de su alianza con el oso había prestado nuevos ánimos para proseguir su lucha contra los enemigos comunes, decidieron colarse de rondón en la magnífica aeronave del inventor Pérez Oso.



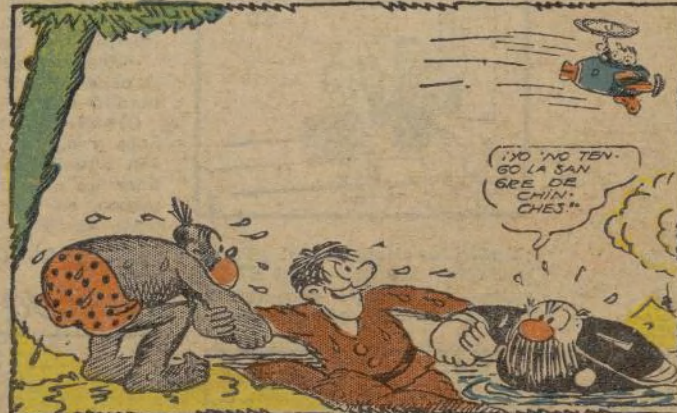
Y como dice el refrán que no hay dos sin tres, el inventor, sin que le valieran de nada sus inventos, corría la misma suerte que sus amigos, gracias a otro fiero pinchazo de Tarugo, que le había hecho más que Cagancho.



Pero apenas había puesto el oso las zarpas en la barquilla, cuando el aparato, sin que nadie le diese marcha, se puso en movimiento, elevándose por los aires, ante el asombro de los pilluelos y el terror de la fiera, asustadísima.



Este, en unión de Terre-Moto y Tizón, se elevó en el aerostato fatal, prometiéndoselas muy felices en la excursión que emprendían, sin sospechar que Tarugo y Perdigon navegaban en el aparato dispuestos a sacudir estopa.



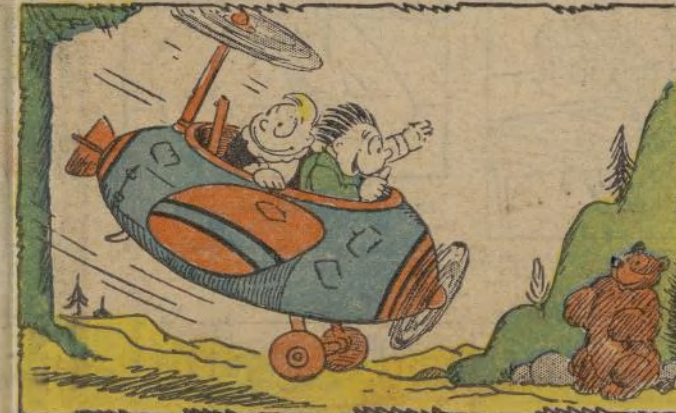
Los pilluelos, magníficos y victoriosos, se hicieron los amos del aparato gracias a sus punzantes procedimientos, mientras los tres hombres conseguían salir del agua, adonde habían caído, después de improbos y laboriosos esfuerzos.



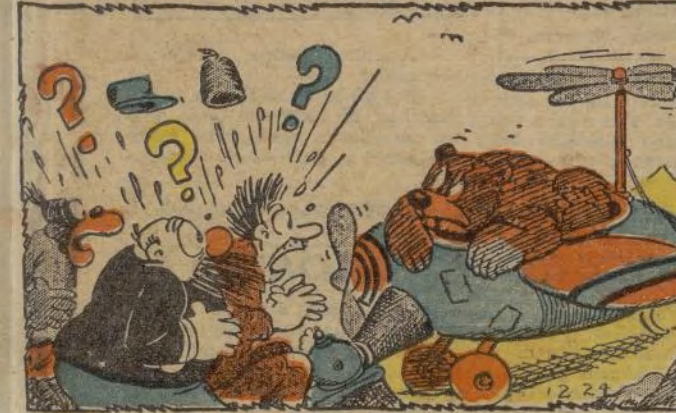
La explicación del misterioso despegue era bien sencilla. Pérez Oso, para castigar a los pilluelos y recuperar su aeronave, había vuelto a recurrir a su aparato captador, que ya conocéis, para apoderarse del avión misterioso.



El primero en sentir los efectos del plan vengativo y sangriento de los pilluelos fué el negro Tizón, a quien los hermanitos atizaron media estocada la gartijera en el... morrillo, haciéndole salir de un salto del aparato.



Tarugo y Perdigon, a los que ahora les tocaba reír y cantar triunfantes, llegaban a la gruta de su muy amigo el oso, que les recibió encantado de comprobar que sus amiguitos andaban por el aire igual que por la tierra.



Y cuando, con gran regocijo, creían ver llegar a los dos hermanos y ya se preparaban los tres para sacudirles una buena paliza, vieron, aterrados, que el piloto era de mucho más cuidado y, por su mal, las iban a pasar negras.



Los compañeros no se apercibieron de la desaparición del moreno, e instantes después el marino sentía otro pinchazo en las agujas, ocurriéndole lo propio que a Tizón, esto es, que el dolor le hizo saltar del aeroplano.

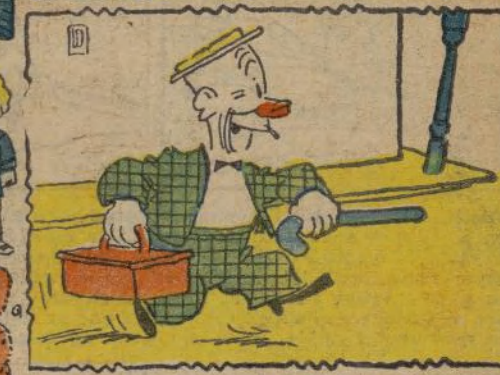


Y como diese señales de querer también él probar qué era aquello de la aviación, los pilluelos le ayudaron a meterse en la aeronave, ante los suspiros cariñosos del osito, encantado de la amistad de los pilluelos, sus amigos.



Podéis figuraros lo que pasó después. El oso, al reconocer a los enemigos de sus amigos, se lanzó sobre ellos, y se armó una sucursal de la guerra europea. Media hora más tarde llegaba el oso mostrando los trofeos de su victoria. (Continuará)

REPOLLO CARA DE BOLLO



Me voy de merienda a la sierra. La sierra es sana, pura y nutritiva. Bueno, nutritiva lo será gracias a esta es-



tupenda merienda que le he birlado a don Severo. ¡Ajaja, qué arbolito! Aquí hago alto e hincó el pico. Col-

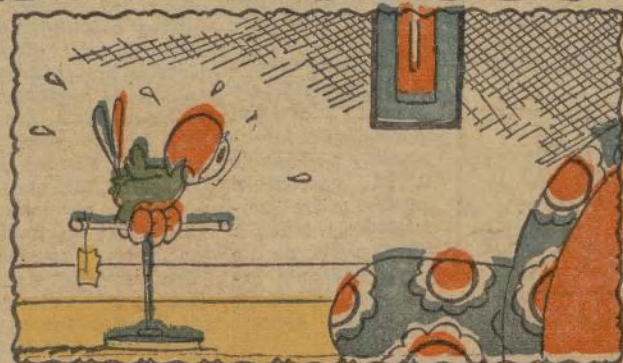


garé el bastoncito de este simpático fresno, y a vivir... ¡Viva la sierra! ¡Los árboles y las meriendas de los



amigos! ¡Maldición! ¡Rayos y truenos y otras cosas raras! ¡Maldita sea la sierra, los árboles y hasta las matas!

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Pronto oyó la cotorra los pasos de don Fielato, y figurándose que iba a haber drama, cambió de táctica para salvar la pelleja.



Y cuando don Simplón bajaba por la escalera dispuesto al contorcimiento, oyó una voz: "¡Atención! E. A. J. 37. Radio Añover de Tajo."



Y cuando entró en la estancia don Fielato, Laura exclamó muy compungida: "Ya quería usted pegarme. La tiene usted tomada conmigo."



"Yo era una cotorra buena y santa. Siéntese ahí y verá cómo los que chillan son los de la Radio de Añover. ¡Yo me cargo las culpas!"



Y cinco horas después seguía don Fielato esperando, mientras Laura proseguía: "¡Yo, que no canto en la vida y me echan la culpa...!"

DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS



Los sobrinos de don Ponciano se entrenaban conienzudamente para batir el "record" de velocidad en yolas. El pequeño, que era menos bruto que el mayor, decidió que debían de cronometrar los tiempos que tardaban en dar la vuelta al circuito, y a este objeto, y como ellos habían visto que en todas las carreras la salida se da mediante un disparo



de don Ponciano, el pánico y el chamuscamiento del cogote, el petardo dio la salida, llevándose de paso el sombrerito y colocándolo en la boya de llegada, para asombro de peces y hombres, que no podían explicarse cómo había ido a parar hasta allí el extraño artefacto.



Del susto tuvieron que hacerle a don Ponciano la respiración artificial, y es lo que decía el pobre señor. El "sport" náutico es una gran cosa; pero las salidas son demasiado emocionantes, y cuando las tenga que dar otra vez, avisaré al cuerpo de bomberos por anticipado.

que hace el juez, decidieron poner un petardo en el tronco de un árbol y dar la salida en el preciso momento que explotase el cohete. Don Ponciano salió a tomar el fresquito y vio a los angelitos de sus sobrinos: "¡Cuánto me gusta que practiquéis el noble deporte del remo! ¡Estad preparados, que yo os voy a dar la salida!", dijo muy complacido, sentán-

formándose a sus espaldas, pues el cohete iba ya a medio consumir—. "¡Ay, madrecita!—suspiró su sobrino—, va a ascender a la estratosfera. ¡Va a ser terrible!". "¡Preparado!—gritó don Ponciano de nuevo—. ¡Listos!". "¡A las dos...! y a las tres!". "¡Zas! ¡Pum!", hizo el petardo, dando la verdadera salida, y ante el asom-

AMENIDADES

He aquí un nuevo deporte que tiene ya establecido su "record". El hombre que trepa a lo alto de los mástiles de las banderas y permanece encima durante horas enteras, guardando el equi-



libro que ya os podéis figurar cuán necesario le es. El campeón actual ha permanecido durante un día y una noche enteras sobre el asta de la bandera del Hotel Belvedere, de Nueva York.

He aquí una muestra del arte prodigioso del pequeño jerominista Paquito Gordo Abuso, un madrileño más castizo que la Cuesta de la Vega, y que nos remite esa mariposa, tan estupidamente dibujada, que cuan-



lo don Severo llegó esta mañana a la redacción le tiró la gorra creyendo que era de verdad. No tenemos más remedio que felicitar al pequeño Paquito, estimulándole para que siga por ese camino. Por el del estudio y el dibujo, claro.



—¿Dice usted que birria se escribe con "b"?
—Sí, señor.
—Pues entonces lo pondré con "v" para que resulte más birria todavía.



El sabio distraído.—¡Qué barbaridad! ¡Las once ya, y sin acordarme dónde he puesto el reloj!



El elefante, a pesar de su inmensa mole, es uno de los animales más ágiles. Ved aquí a un elefante de circo montado en un triciclo y andando como un ciclista consumado.



—Hombre, Felipe, ¿cómo tú por aquí?
—Pos ya lo ve usted, don Abundio; hogañó habernos tenio güena cosecha de cebá, y he venio a Madrid a comérmela descansao.

TEATRO LIRICO INFANTIL



JEROMIN Y REPOLLO, PROTAGONISTAS DE LA PRIMERA OBRA DE ESTE TEATRO

Toda la semana hemos estado recibiendo cartas de nuestros queridos jeroministas. "¿Cuándo empiezan las funciones del teatro infantil? ¿Dónde se darán las representaciones?" ¿Qué curiosos son nuestros buenos amiguitos!

Pero, en fin, vamos a satisfacer hoy, en parte, la curiosidad de nuestros lectores. El escenario elegido para las representaciones del TEATRO LIRICO INFANTIL es el del teatro FUENCARRAL, en el que actuará una gran compañía lírica, dirigida por el que fué eminente cantante don Emilio Sagi-Barba, gloria del arte lírico nacional.

El teatro FUENCARRAL ha sido objeto de notables mejoras, hasta convertirlo en uno de los mejores coliseos madrileños, y en él encontrará el público toda clase de comodidades. En este escenario, magníficamente decorado, se representará "EL PRINCIPE AZUL", el precioso cuento lírico infantil en el que JEROMIN y REPOLLO son

los protagonistas. ¿Porque sabéis quién es el Príncipe Azul?... Pues JEROMIN. Y todos podréis ver sus emocionantes aventuras.

Veréis las brujas malditas, los simpáticos enanillos, los ogros feroces, los fieros dragones de siete cabezas..., las luchas, las batallas..., las hadas y los magos... Todo esto y mucho más es

"EL PRINCIPE AZUL"

en el que Repollo hará las delicias de los niños... y de los grandes.

Ya veis que somos buenos y vamos satisfaciendo vuestra curiosidad. Por hoy no podemos decir nada más. Pero estad bien seguros de que pronto, muy pronto, todos los niños podrán ver en el teatro Fuencarral las maravillosas aventuras de "EL PRINCIPE AZUL", la fantasía de gran espectáculo del

NUEVO TEATRO LIRICO INFANTIL,

El espectáculo que subyuga a los niños y encanta a los mayores.

EL "CLUB BOMBÓN"

ESTATUTOS (Continuación)

Art. 7.º Al final de cada mes se formará la Centuria que ha de presidir los destinos del Club durante el mes siguiente. La Centuria estará integrada por los cien clubmans que hayan hecho mayor número de presentaciones de nuevos afiliados o que abonen mayor cantidad de cuotas.

No podrá ser Centurión ningún clubman que no reúna, cuando menos, tres presentaciones de nuevos afiliados o que satisfaga menos de quince cuotas.

Art. 8.º Todos los Centuriones serán obsequiados cada mes con uno de los objetos que conquistan Bombón, Pilín y Lucero.

Además, el Centurión que ocupe el número Uno por haber hecho mayor cifra de presentaciones o de cuotas, será obsequiado con pesetas 15 en un vale para adquirir lo que desee en cualquier comercio de Madrid; el Clubman número 2, con un vale de pesetas 10; el Clubman número 3, con un vale de 5 pesetas; el número 4, con otro de 3 pesetas; y el número 5, con un vale de 2 pesetas.

Art. 9.º Todo Clubman que lleve dos meses de afiliado, y haya satisfecho puntualmente sus cuotas, recibirá la insignia de Socio de Mérito. Esta in-

signia le dará derecho a otro número más para los sorteos y a ocupar un lugar preferente en la disputa de los campeonatos deportivos del Club Bombón.

Art. 10. Todo buen Clubman debe conocer puntualmente los acuerdos de la Junta Directiva y las instrucciones de Bombón, Pilín y Lucero. Esas informaciones las encontraréis en:

Todos los aparatos automáticos que forman la legión protectora de Bombón, Pilín y Lucero. En la mejor revista infantil: JEROMIN, que se publica los jueves y vale diez céntimos.

Correspondencia

Recibimos innumerables cartas de amiguitos que desean hacerse socios; otras, que nos hacen diferentes consultas. A todos les iremos contestando con mucho gusto en esta sección.

Alario Esteso.—Ya lo creo que puedes hacerte socio. Estamos deseándolo de todo corazón. Puedes creer que ya no dormimos tranquilos hasta que nos envíes tu inscripción.

Ginés Meca.—Eres más "sai-lao" que un kilo de mojama. Cuando "Lucero" ha visto su retrato hecho por ti, se ha desvanecido de la impresión. Desde luego que hemos de publicártelo en JEROMIN. ¡No faltaba más! ¡Aunque no hubiera para aceite!



LAS BARBAS VERDES



(Conclusión)

Cuando se halló sólo, Ismael se levantó, y deseando respirar el aire puro de la noche salió cautelosamente de la casa y comenzó a andar por las calles de la ciudad, solitarias y silenciosas. Así estuvo vagando al azar, hasta que de pronto creyó sentir un confuso rumor de voces. Guiándose por ellas, llegó junto a una ventana baja, respiradero de una estancia subterránea, donde se hallaban reunidos muchos hombres, todos ellos con barbas verdes. En el testero, sobre una plataforma, estaba sentado el presidente de aquella asamblea. En otra tribuna iban disertando diversos oradores, y pudo advertir Ismael que todos ellos se jactaban con orgullo de las tretas y fraudes que habían empleado con éxito contra comerciantes extranjeros, y que los más astutos y felones eran los más aplaudidos por la concurrencia. En el turno de aquellos oradores vio Ismael que ocupaba la cátedra el mer-



cader que le tenía hospedado en su casa. Y el orador comenzó a decir:

—Honorables colegas: Estoy a punto de concluir el más fabuloso negocio que jamás se ha hecho en Edom. Ha llegado a nuestro puerto una nave cargada de aquella preciosísima especie de madera tan apreciada por nosotros, y de la que no quedaba ni un trozo siquiera en todo el mundo. Pues bien. Yo he sabido de tal manera conquistarme al propietario, de tal modo lo he podido engañar, involucrar y desalentar, que ha llegado a creer que su mercancía no tiene valor ninguno. Convinimos en que me cedera su mercancía, y ¿sabéis a qué precio? Según el pacto hecho tendré que entregarle este turbante lleno de oro, de monedas, de joyas... o de lo que él quiera.

Un silencio profundo acogió las palabras del orador, que permaneció unos momentos como aturrido y perplejo, hasta que el presidente exclamó indignado:

—¿Eres un grandísimo imbécil y no mereces pertenecer a nuestra asociación!; porque ¿qué vas a hacer si tu

huésped te pide que le entregues tu turbante lleno de pulgas vivas?

Ismael se sintió renacer de muerte a vida, y recorriendo precipitadamente las calles que había atravesado, regresó a casa de su huésped, se tendió en el diván y fingió dormir profundamente.

A la mañana del siguiente día regresó a bordo, acompañado de su falso amigo, en el que notó señales de turbación.

—¿Queréis, pues, que cerremos nuestro negocio?

—Como queráis—respondió Ismael.

—¿De qué preferís que os llene este turbante?—añadió el mercader de las barbas verdes.—¿De oro?

—¡No!

—¿De monedas?

—¡No!

—¿De piedras preciosas?

—¡Tampoco!

—¿De qué, pues?

—¿De pulgas vivas!



Al oír estas palabras el felón se puso lívido, y postrándose a los pies del joven le pidió que no le delatase a sus colegas, y le ofreció pagarle su cargamento a peso de oro. Y así lo hizo.

Ismael cobró aquella enorme suma y se hizo a la mar camino de Mascate. Tras una travesía feliz llegó a su patria. Apenas había desembarcado, cuando encontró en el muelle al derviche, y acordándose de todas las penalidades y peligros que por él había sufrido, lo cogió y lo tiró al agua. Después, compadecido al verle luchar con la muerte, se lanzó a salvarlo y lo sacó... Y, ¡oh maravilla! La barbas del derviche, de negras que parecían, con el remojo se habían vuelto de un color verde brillante. Era un espía emisario de los malandrines mercaderes de Edom.

Ismael se consagró de nuevo a sus ne-



gocios, y cuando se acordaba de su padre le pedía perdón por haberle desobedecido; pero le servía de algún consuelo el recuerdo de la jugarreta hecha al mercader que le había querido engañar.

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Los miserables comenzaron a registrar a los aventureros, y bien pronto encontraron la carta que para mister Brake guardaba Polo. Al verla, una sonrisa cruel entreabrió los labios del infame Wu-Chum, y con una entonación que helaba la sangre en las venas, dijo a sus servidores: «Llevedlos a los sótanos de la muerte». Los asesinos



empujaron rudamente a los prisioneros, y los condujeron a través de una serie de pasillos oscuros y silenciosos.

Un cuarto de hora después de caminar tan sólo a la luz de un hachón, que portaba uno de los miserables, éstos se detuvieron ante una gruesa puerta de hierro, que uno de ellos hizo girar después de descorrer varias barras y ce-



rojados. Luego los desataron, y de un empujón violento les echaron dentro. Los aventureros investigaron el sitio en que habían caído; era una estancia cuadrada de muros lisos. La luz la recibía tan sólo de un pequeñísimo ventanillo defendido por gruesos barrotes. Una interrogación surgió en el pensamiento de ellos. ¿Qué fin les esperaba



en aquella mazmorra? Y de pronto un escalofrío de espanto les estremeció dándoles la respuesta. En un ángulo del calabozo había arrinconados dos esqueletos. Ya no podían dudar; el desalmado Wu-Chum los condenaba a morir de hambre.

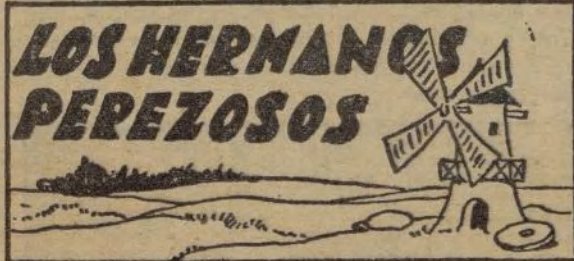
Dispuestos a defenderse, comenzaron a idear planes de fuga; pero el des-



aliento les rindió. No podían ni soñar siquiera en abrirse paso por la puerta de hierro y mucho menos por el ventanillo. Tampoco podían reclamar ayuda, pues el ventanillo daba a un patio lóbrego y sombrío de la guarida de los criminales. Tristemente se sentaron en un rincón. ¿Cuánto tiempo permanecieron así? No lo sabían. El hambre y la sed comenzaron a atormentarles. Y



de pronto una sombra tapó la luz del ventanillo y un alegre ladrillo les hizo ponerse en pie como sacudidos por una descarga eléctrica. Arriba, en el patio, estaba «Leal», su fiel perro lobo. ¿Cómo pudo llegar hasta allí el noble animal? No había que pararse a pensarlo. Lo cierto es que estaba allí, y que era para los prisioneros una débil esperanza de salvación. (Continuará.)



Vais a escuchar un cuento de camino de un carro, dos hermanos y un molino.



Al molino caminan con su carga, por una cuesta larga, larga, larga.



“Si yo suelto mi hermano pensaré que subiendo la cuesta, pesa más.”



Mas tuvo el otro el mismo pensamiento y se acordaron así con gran contento.

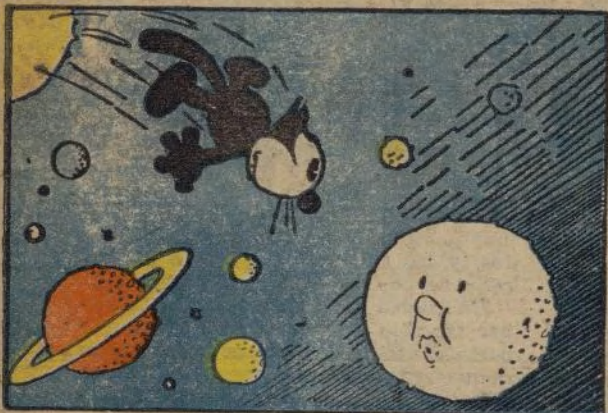


“¡Ay que cansado voy!”—uno decía.
“¡Pues yo voy hecho polvo!”—respondía.



Y al llegar los dos pillos contemplaron que el carro en la ladera se dejaron.

ANDANZAS DE GATO FELIX



Disparado por los aires igual que un cohete verbenero, nuestro gato se dió de manos a narices con la mismísima luna, que en aquellos momentos estaba en su fase creciente, luna llena, y llena de asombro por lo que veía venir



Y Félix, más saleroso que un real de "torraos", vino a caer de... narices en la luna, alegrándose mucho de verse bueno y sano y salvo de aquella terrible aventura, de la que, gracias a Dios, había logrado escapar incólume.



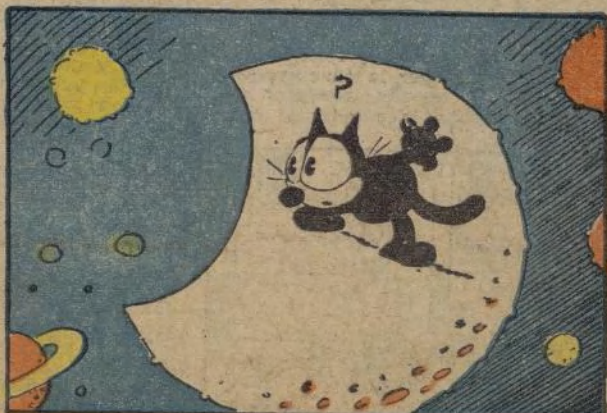
La superficie de la luna era pequeña para las andanzas del gato; además, estaba tan redondita, que menos mal que Félix era algo equilibrista, que si no, aterriza en la tierra, y entonces sí que no hay milagro que le salve.



Pero como su afán aventurero no le permitía estarse quieto quince segundos seguidos, comenzó, con peligro de sus siete vidas, a recorrer la circunferencia luminica, aferrándose a la corteza con uñas y dientes y hasta con el rabo.



Pero bien pronto se convenció tristemente de dos cosas. Una, que la vida allí iba a ser más aburrida que un concierto en "mi" bemol, y otra, que la iba a diñar por las buenas, porque no había encontrado ni el menor comestible.



Y de pronto el espanto y la admiración le conmovieron igual que si se hubiese leído sin respirar una novela de folletín. La luna había comenzado a decrecer sensiblemente, entrando en el cuarto menguante de sus fases.



Pero bien pronto el espanto dió paso a la alegría. Gracias a aquel incidente iba a conseguir al menos el descansar sus huesos fatigados, haciéndose una cama ultramodernista en el hueco mismo de la luna, lunera, cascabelera.



Y tranquilo y sonriente, como un hipopótamo después de merendarse a media docena de negritos, Félix se quedó dormido como un leño en aquella cama improvisada que, por su buena estrella, el destino le había deparado.



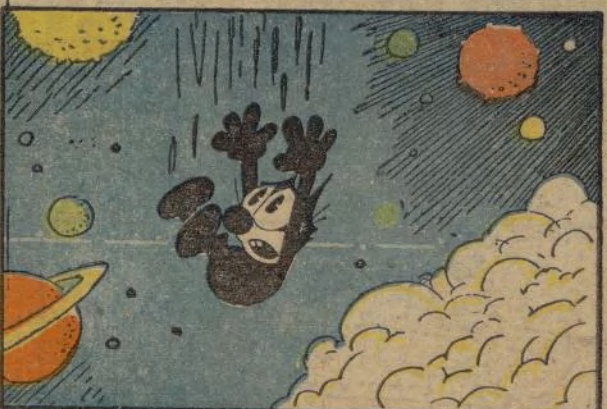
Pero pronto un brusco vaivén le sacó de su abstracción ensañadora. La luna proseguía su fase decreciente y amenazaba consumirse igual que un cigarro de setenta. Félix dió un salto, que estuvo a punto de hacerle aterrizar.



Y bien pronto comprendió que aquella iba a ser su última aventura. La fase lunar seguía su rumbo progresivo, y el gato, para mantenerse a flote, comenzó a realizar más equilibrios que un empleado de cuarenta duros a fin de mes.



Y poco más tarde el gato comprendió, con un espanto que le hacia encoger hasta la camiseta, que aquello no iba de broma, y que, por obra y gracia de la luna, su descenso a la tierra iba a ser mucho más trágico que Borrás.



En efecto, la luna acabó por esfumarse por completo, y el gato, el pobre gato, el misero del gato cayó en barrena, comenzando a recorrer vertiginosamente los kilómetros que le separaban de la tierra, contra la que irremisiblemente iba a estrellarse.

(Continuará)